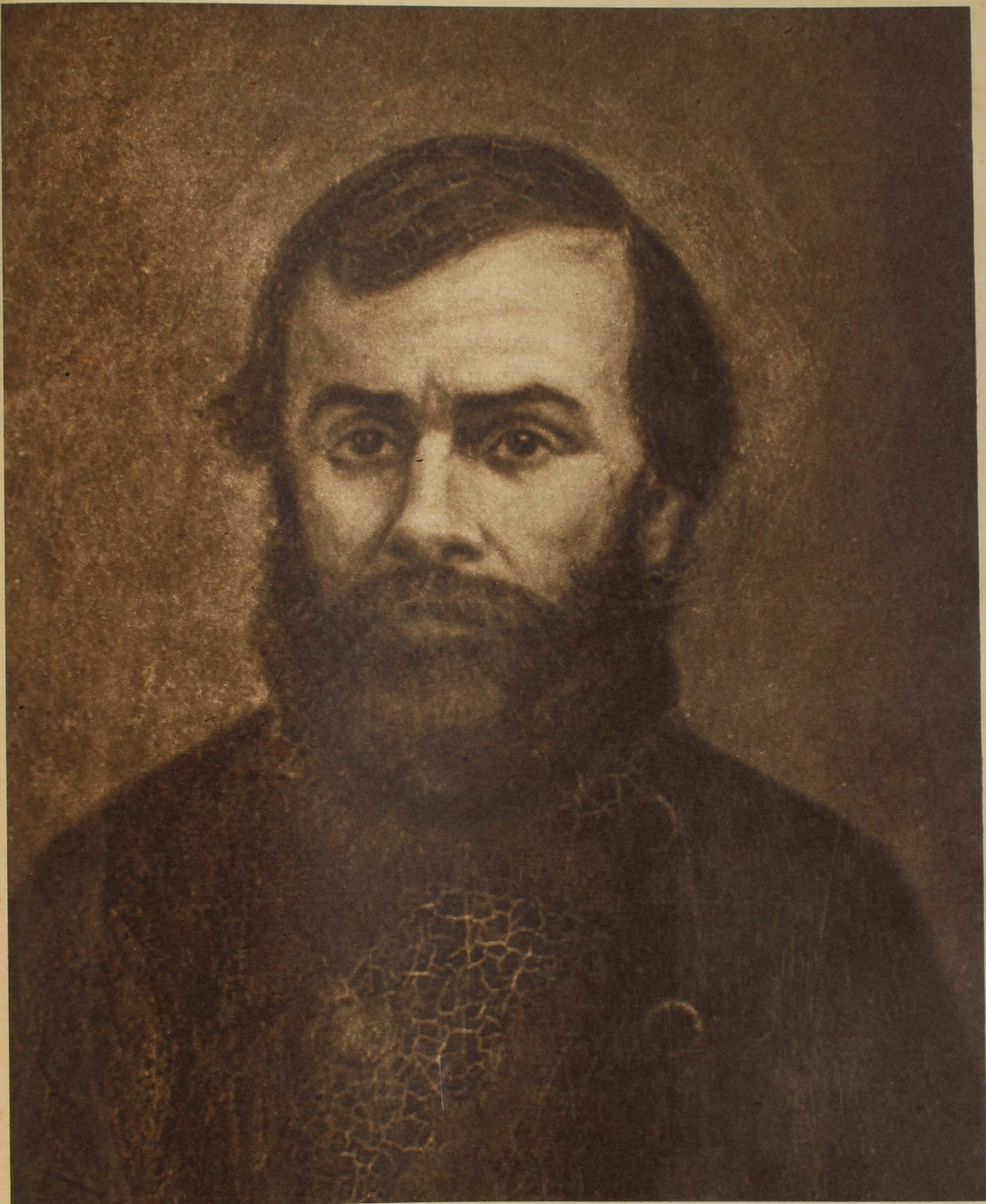
AÑO XXIV. — Nº 1166. EL DIA MONTEVIDEO, MAYO 22 DE 1955.



CENTENARIO DE MELCHOR PACHECO Y OBES

El día 21 de mayo de 1855, ayer se cumplieron cien años, se extinguió en Buenos Aires la vida de uno de los hombres más brillantes de aquella generación de varones excepcionales que culminó en los días gloriosos de la Defensa de Montevideo.

MELCHOR PACHECO Y OBES, INTIMO

IMPOSIBLE conocer a fondo un alma sin haber hojeado sus cartas íntimas, escritas sin la idea que algún día habrán de publicarse. De Melchor Pacheco y Obes, cuya tumultuosa existencia ha sido examinada desde todos los ángulos, nos han quedado algunas que habrán de ayudarnos a iluminar rincones inexplorados de su espíritu.

Cuando desde Praia de San Cristóbal escribía al doctor Fermín Ferreira en los últimos días de 1844, recién comenzaba su destierro. Disculpa la ausencia de sus noticias constándole que sus sagradas obligaciones al frente de la Sanidad de la Defensa, no le permiten momentos de ocio.

Siente, por su parte, la necesidad de compartir con él las primeras impresiones recibidas al término del viaje, volcar en su alma hermana las emociones de esa hora sombría.

Hace un siglo fue más copiosa esta clase de epístolas. Cuanto más difíciles las comunicaciones, más interminables y frecuentes las cartas en que el fuego que las animaba eran los propios sentimientos. El telégrafo y el automático han escamoteado el encanto de las correspondencias íntimas, que ya casi no se escriben en esta época en que las visitas suelen cumplirse por teléfono.

Melchor Pacheco aprovechó sus exilios para transparentarse en las páginas a los suyos, de los que hizo su mundo interior, y para los que no podía engalanar su pensamiento, forjar su estilo. Puede aplicarse a ellas el elogio que tejió Gastón Boisiser a las cartas íntimas de Cicerón:

—"Tienen un tono tan natural, tan fácil y sencillo, que no es posible sospechar en ellas adorno ni artificio".

Fermín Ferreira y Melchor Pacheco habían vivido horas felices en esa bahía de Río Janeiro a la que llegaba el último con tan distinto ánimo de aquel en que su tío Lucas Obes lo arrancara al celo maternal para acercarlo al trópico. Obes unió a los dos muchachos en una amistad que sería indestructible a través de los años. Mucho se rumoreaba de la paternal ternura de Obes por Fermín, nacido en Bahía. Fue él quien dirigió sus estudios, lo hizo médico en Buenos Aires, y de su fama creciente llegó a hacerse eco antes de su muerte tan dolorosa.

Ahora renueva Melchor sus emociones ya lejanas:

—"¿Te acuerdas cuando entramos en esta Bahía? Las casas blancas y apiñadas, con sus techos rosados, con su multitud de puertas y ventanas de mil colores, nos parecían *nacimientos;* el nacimiento era para nosotros un juego, y es uno de los más grandes actos de la Redención".

Tenían apenas trece años cuando el año 22 surcaron el océano en el "General Lecor". En el mismo rincón del puerto donde entonces habíase detenido el barco, anclaba veinte años más tarde el D'Assas conduciendo a Pacheco y Obes al destierro.

Lo golpea la memoria:

—"Sobre la cubierta del D'Assas te recordé mucho mi querido Fermín, así como a Antoñita, a nuestros Padres y malogrado Máximo; yo veía desde ella el lugar donde el que nos hizo hermanos y tanto gozaba en las delicias de la familia, cerró los ojos bajo el peso de la proscripción, en medio al abandono, y sin que una voz amiga le dijese el postrimer Adiós!"

Lo conmueve el recuerdo.

En 1836 había muerto el doctor Lucas Obes, de fiebre amarilla, en Nitheroy, exilado como él, lejos de su tierra oriental en la que perdiera a Máximo, su único hijo legítimo, a manos de la indiada que ultimó a Bernabé. En él se había cebado a su turno la desconfianza de los patriotas que no olvidaban sus anteriores y cercanas vinculaciones con el Imperio. Se le creyó un abrasilerado, un espía, cuando en 1826, poco después de la Cruzada de Lavalleja, había corrido a ofrecer su sangre a la patria, mientras su cuñado el doctor Nicolás Herrera, gozaba de la privanza de Lecor y temblaba por sus "vaquitas" en peligro ante las *derrotas* de Sarandí y Rincón...

Conoce ahora Melchor todo el dolor de la proscripción, mientras siente una resignación orgullosa y altiva por haber salvado en honor del país.

Al episodio por el que abandonó el Ministerio y provocó su extrañamiento, se refiere en la carta a Fermín Ferreira:

—"Respecto del incidente con los brasileros que precipitó la lucha, en esa había amigos míos que aún no veían claro; tal vez tachaban a mi indignación de demasiada susceptibilidad, tal vez creían que podría disfrazarse la vergüenza de la Patria".

Se conoce el incidente: bajo la presión de la escuadra había exigido el Brasil la devolución de un desertor. Pacheco la negó, pero el Presidente Suárez, sin conocimiento de aquél contemporizó con el Imperio, ordenando a su Ministro de la Guerra la entrega del requerido. Desacató Pacheco la nueva orden y su inmediata renuncia contuvo términos inadmisibles por lo agraviantes:

—"Yo no puedo hacer parte de un gobierno cobarde; no quiero compartir la terrible responsabilidad de un hecho que repruebo y es el más sucio que conocen nuestros anales; por eso hago renuncia ante V.E. del Ministerio de la Guerra, del mando del Ejército y del empleo de coronel graduado".

A UNA CRUZ
EN EL MEDIO DEL CAMPO.

POESIA
POR
D. Melchor P. y Obes

Montevideo.
Imprenta del Nacional.
1840.

Carátula de una de las obras líricas de Melchor Pacheco.

Aceptada en el acto la dimisión, y ante la supuesta amenaza de un complot militar para sostener a Pacheco, el gobierno lo desterró a Janeyro junto con su hermano Manuel y el coronel Estivao.

Se fue en el último extremo de la pobreza, dueño tan solo de unas pocas onzas de oro que le facilitó su amigo don Pedro Zumarán.

No sólo pobre sino deprimido desde la reciente muerte de su madre, cuyo parecido con Melchor era singular. Cuando veinte años antes doña Dionisia Obes embarcó para Buenos Aires, anotáronse estos datos personales en su pasaporte: "estatura baja, cuerpo delgado, color blanco, ojos azules, cabello castaño". De ella había tomado Melchor la carnadura, heredando la riqueza capilar de su padre, de quien dijo Brito del Pino que era "el hombre más peludo que había conocido". Impresionaba esa característica del Preboste de la Hermandad, quien según Francisco Bauzá que escribió tantas páginas con testimonios de su padre don Rufino, "recibía desnudo y en una habitación contigua a la caballeriza, a las personas que iban a verlo a su casa".

De su padre sacó Melchor la impetuosa energía, las reacciones violentas, las rarezas de su carácter que no llegaron nunca hasta las estridencias. En la preparación de la Defensa desde la Comandancia militar de Soriano, su ruda acción recuerda a don Jorge, impulso siempre tendido contra la indiada, cuya pista seguía hasta darle caza con la ayuda de un escuadrón de perros rastreadores; contra el matrero, al cual pudo alguna vez enchalecar a falta de cárceles que aseguraran al detenido hasta su remisión a la Capital; contra los contrabandistas, a los que persiguió con éxito, o sin él, como cuando el objeto de su persecución era Artigas antes de ser

blandengue. Utilizando recuerdos de su abuelo pone Acevedo Díaz en sus labios palabras que encarecen las virtudes de hombre de campo del que sería más tarde Jefe de los Orientales:

—"Echado hacia adelante en la montura, al trote firme, ha visto cien veces amanecer. Quince años hace vi un día detrás de él ponerse el sol, y siendo yo un jinete duro, me detuve y mandé acampar... Pues le tuve encima a media noche, y de él me salvó la sombra, hasta que me enseñó el rumbo el lucero del alba".

*

Frente a la acción violenta y firme de la ruda época en que actuó desde la adolescencia en que se presentó a Julián Laguna, del Regimiento de Entre Ríos, Yí y Negro, convirtiéndose desde entonces en el secretario de la Cruzada, hasta el instante de iniciar su última y voluntaria expatriación a Buenos Aires, la vida de Melchor Pacheco y Obes fue una permanente y áspera lucha en el campo político, militar y diplomático de la República.

En su inteligencia predomina un rasgo esencial: la plasticidad, que le permitía conformar sus actitudes con las circunstancias en que actuaba. Fue hombre de salón en Montevideo y conductor de tropas en campaña. Periodista de combate dentro de la ciudad sitiada. Poeta romántico de la más depurada sensibilidad. Exaltado orador en las arengas y autor de íntimas epístolas en las que predomina la ternura. Se muestra un criollo auténtico en nuestra tierra, pero eso no le traba su actividad en París, para ocupar posición militante en la prensa donde sus sueltos terminan a menudo en duelo, en la tribuna, donde convence y conmueve, en los estrados judiciales, en las tertulias literarias, en las cancillerías. Militar y civil, sabía trocar la pluma por la espada, y en horas de desgracia y miseria consagrarse a las más diversas y encontradas tareas en un desgraciado intento de industrial fabrica vinagre en las penurias del Janeyro; cuando abandona el Ministerio, sin dejar su uniforme acarrea ladrillos en las horas de sol, mientras por la noche traduce con Mármol y Echeverría las estrofas de Byron.

Lo destacable es que en cada una de esas posiciones impuestas por su genio cambiante, aparece siempre en actitud radical este hombre de posiciones extremas. El lo dijo en la sencillez de esta corta frase:

—"Yo no amo ni odio a medias".

En eso, Pacheco tiene algún parecido con Artigas.

*

Frente a ese aspecto tumultuario nos descubren sus cartas íntimas el otro lado, tierno y sensible de su alma generosa.

Las que escribió su muy querida hermana Narcisa, llegadas a nuestras manos por atención del profesor Pivel Devoto quien las obtuvo de un familiar del héroe, el señor Miquelerena, son sencillas cartas deliciosas, en las que mezcla sus impresiones con recuerdos gratos a su alma en esos días nostalgiosa y melancólica. Nos recuerdan la tierna amistad de Renán con su adorable hermana Enriqueta, ofreciendo la intimidad de ese hombre que para Rodó fue "quizá la figura más genial y fascinadora de nuestra historia".

*

Desposada con Benito Chain (1) Narcisa sufría dificultades mientras esperaba el nuevo hijo que Melchor desde el Janeyro reclama para el padrinazgo. No pudiendo asistir a la ceremonia, recuerda que Manuel Herrera y Obes posee una firma suya en blanco, y en ese papel podría establecerse su deseo que su hermano Manuel lo represente en el sacramento del bautismo.

Su pobreza en el Janeyro confina con la miseria. Es una pobreza digna, distante de la de Rosas en Southampton, voceada sin rubor como para que escale los muros del palacio de Urquiza y empuje al vencedor de Caseros a una subvención anual a la que Rosas no renuncia.



Matilde Stewart, esposa de Melchor Pacheco y Obes.

Enero 26 de 1855—

Mi querido Chain—
He tenido el gusto de
abrasar a nuestro Benito
y el disgusto de no po-
der serle util en nada
tal es hoy mi pobre
situacion—
Me he creado un
refugio del otro lado del
Parana y alli nos tie-
nes con mi Matilde
con Manuel y su fa-
milia tranquilos y con-
tentos. — Tenemos una casa
comoda y todos mis deseos
se llenarian si tu vinies-
tes a pasar con nosotros

Facsímil de una de las últimas cartas de Melchor, dirigida a su cuñado.

Compárese esta actitud del tirano de Palermo con esta que atañe a nuestro héroe, de cuyo fallecimiento en Buenos Aires cumplióse, ayer el siglo: al general Gonzalves da Silva que le brinda espontánea y amplia ayuda, se la rechaza, reconocido, Melchor Pacheco, como antes rechazara la misión diplomática que le ofreció Suárez y la pensión que le fijó para vivir con decoro en el destierro, ofreciéndose en cambio a da Silva para trabajar en su establecimiento:

—"Yo podría acarrear ganado para alguna charqueada o estancia".

No hubiera sido ésta la primera ocasión que lo hacía. Lo habían visto los campos orientales el año 34, cumpliendo personalmente con su tropa de carretas, el tráfico de los productos agropecuarios del país. No le permitía su idiosincracia entregarse a la ociosidad contemplativa: el año 35 acompañó al coronel Pirán, su compañero de Ituzaingó, en la medición de las estancias de Tejera y Ruiz Díaz.

Diez años después, en Río, conoce a fondo la penuria económica. De esa época es la epístola a Narcisa en la que su inquietud no corresponde a su propia situación penosa: —"Aún no ha venido la persona que debe dar su dinero y nada te mando ahora cuando debes estar tan necesitada".

Recuerda de pronto que "Fermín debe tener mis ajustes que ha mucho tiempo le encargué negociar con Lafone. Véndelos, pues me dicen hoy valen algo, mientras de aquí pueda socorrerte de otro modo".

Por el propio desamparo de la hora, no puede menos de conmover esta fraternidad. Y no es sólo el generoso impulso en cuanto a las cuestiones materiales. Vela sin un descanso por los que quiere. Pide noticias sobre el hijo de su primer matrimonio con Antonia Texera:

—"Dale un abrazo a Máximo en mi nombre: será el último que recibirá de su Padre si no se enmienda".

No tenemos muchas noticias de este hijo de Pacheco muerto en Buenos Aires a principios de siglo.

No lo abandona la idea fija del bienestar y la salud de sus hermanas. Conoce la gravedad de Irene:

—"Que ésto me tiene disgustado e intranquilo no necesito decírtelo: la quiero mucho, y en los días aciagos no es extraño el vernos heridos en los objetos que más amamos. El destino suele entonces, como los más hábiles guerreros de otros tiempos, encontrar bien la juntura de la coraza".

Pocas alegrías estimulan el ánimo en la triste época de su destierro. Un día, por fin, grita a Chain su gozo por las noticias que le envía sobre Montevideo:

—"El vestuario que me anuncias para el Ej.to. y la carne fresca que ha tenido algunos días, casi me ha hecho zapatear de contento, pues las necesidades de mis valientes compañeros están siempre sobre mi corazón".

Poco antes habíase alarmado "por una carta de Vasquez a Magariños, en que decía terminantemente que si el Brasil no se pronunciaba todo estaba perdido, concluyendo y en fin, por allá nos veremos".

Lo aterraban las dudas de Santiago Vásquez. "porque tú sabes que yo temo más a la cobardía de ciertos hombres, que a Rosas".

*

Decepcionado por el incidente con Ramón de Cáceres, embarcóse para Buenos Aires en mayo del 54, acompañado de su familia y un solo amigo, el coronel Fco. Tajes, quien en abril 27 del 55 le escribió a la estancia "Los álamos" interesándose por su salud.

En enero de ese año Pacheco y Obes había firmado una de sus últimas cartas, dirigida a su cuñado Benito Chain. A pesar de su situación esas líneas no solicitan: ofrecen.

"Me he creado un refugio del otro lado del Paraná y allí nos tienes con mi Matilde, con Manuel y su familia, tranquilos y contentos. Tenemos una casa cómoda y todos mis deseos se llenarían si tú vinieses a pasar con nosotros un par de años. Mi techo es y debe ser el tuyo..."

¡Un par de años!

Tres meses de vida le restaban a Melchor Pacheco y Obes, cuando desde su refugio de "Los álamos", su corazón formulaba esa última invitación generosa...

M. Ferdinand PONTAC.

(Especial para EL DIA).

---

(1) Una hija del matrimonio Chain-Pacheco casó con el doctor Gonzalo Ramírez. Por esta rama el doctor Juan Andrés Ramírez es nieto de Narcisa Pacheco y Obes.



Fabini tocando el armonio, instrumento que será llevado al Museo Lavalleja en la ciudad de Minas.



Uno de los últimos retratos de Fabini.

EDUARDO FABINI Y EL NACIMIENTO DE "CAMPO"

EL nacimiento y la muerte de un gran hombre, ya sea genial conductor de una pluma o artífice maravilloso que cual Fidias arranque a la piedra el secreto eterno de dar vida por medio de la forma, o quien tras largos desvelos conquista el anhelado remedio que burle sarcásticamente a la muerte o quien adueñándose de las musas dé a la humanidad la gracia suprema del encanto sonoro, quien envuelva y conquiste con una ráfaga de música inmortal, no ocupan en el espacio infinito del tiempo más que un pequeñísimo lugar. Son sólo dos fechas, perdidas muchas veces en el ritmo obsesionante de la vida y del mundo.

La obra, esa hija de la suprema inspiración, cuyo nacimiento supone a veces verdaderas e ignoradas tragedias, trae en sí misma un empuje y una fuerza avasalladora tal, que es lo que perdura, y es tan potente su influjo de vida que esfuma y llega a borrar en muchos casos la figura del creador. Por eso debemos ocuparnos de recordar a quienes han dado vida a una obra inmortal.

El subyugante y enorme mundo sonoro de una obra pueda ser de tanta preponderancia que su solo nombre baste para hacerla conocer y darle fama, relegando al más completo olvido a su autor.

Hay figuras consulares dentro de los estrechos límites de nuestra patria. A ellas debemos la devoción y el recuerdo por sus propios valores y por ser la voz de nuestra tierra y de nuestro pensamiento transformada en música.

Ayer unos, tal vez mañana otros, pero hoy, es a Eduardo Fabini a quien hemos de darle toda la parte de inmortalidad y de veneración que le corresponde como artista nuestro. Cantor de América en el mundo.

Para nadie que tenga la íntima satisfacción de conocernos pueden pasar por alto esas cinco letras mágicas que como estrellas fulgurantes acarician la tierra rica y generosa que les dio su brillo y titilan en el firmamento musical de la patria. "Campo" palabra y obra que tienen mucho de embrujo y de remanso.

Quizás la más nombrada pero no por ello la más conocida en todo su largo y múltiple período que va, desde el surgimiento de la primera idea a su total concepción, para llegar finalmente a su tardío encuentro con el público.

Hemos de ubicarnos antes de nada, en el lugar y en el ambiente donde nació como débil flor silvestre hasta transformarse en el canto viviente de la floresta entera. A pocos minutos de la ciudad de Minas, recostado indolentemente sobre el cerro del puma y sus estribaciones se encuentra el Parque Salus. Exactamente allí, saturado de esa húmeda fragancia que forman ágiles y pequeñas corrientes de agua serpenteando entre un tupido follaje, está enclavado el típico rancho, para decirle como el mismo Fabini lo llamaba, donde se retiraba el músico en busca de una solitaria paz en íntima comunión con la naturaleza.

Y es el propio concierto de la naturaleza entera lo que él vuelca en el penta-



Plaza de Solís, de Malaojo, lugar de su nacimiento. A la izquierda el monolito conmemorativo.

grama, esa sonoridad susurrante y monótona del campo en que se mezclan a ratos esas suaves y características notas de un acordeón o el rasgueo de alguna guitarra cercana. El círculo de sus oyentes es muy reducido: sencillos hombres de trabajo de la fábrica contigua y algunos paisanos bonachones y rústicos que tejen historias plenas de colorido nativismo en los silenciosos atardeceres y en las perfumadas noches estivales. Y Fabini ama a estos hombres que están compenetrados con el paisaje, tienen la bondad de la tierra virgen, la dulce melancolía de los sauces que se miran en los arroyos y el bravío valor de los potros que corren, con sus crines al viento, por las rugosas quebradas de las sierras. Del íntimo convivir con este paisaje y con estos hombres van prendiendo un crecido número de ideas musicales en la mente del maestro. Por allí cerca hay ya alguno que toca el clarín, o el acordeón, o la guitarra que junto a su violín forman, lo que podía llamarse, el andamiaje de una orquesta.

Y así, paulatinamente, como nacen las flores y los pájaros, va naciendo ese poema henchido de vida que lleva en sus entrañas el canto del sabiá y el perfume de los eucaliptos y los mirtos, donde la tierra misma canta su fertilidad de mil modos distintos. Por entonces es una composición íntima, como quien dice "para casa", esto suponía el grupo de hombres de Salus y alguno que otro amigo que tenía el enorme privilegio de poner su planta dentro de aquel sagrado y aislado estudio del músico, traspasando esa alta muralla de soledad y paz por que estaba rodeado. Esto sucedía por el año de 1910.

Y hubiera permanecido quizás en ese cerrado círculo y el público del Uruguay y del mundo entero no hubiera tenido ocasión de aquilatar sus enormes valores, a no ser por un hombre que hizo de la amistad una de las poderosas razones de su existencia. Es a Florencio Mora, verdadero apóstol de la causa fabiniana a quien debemos gran parte de la difusión de las obras del Maestro. Así, bajo su cuidado y su estímulo fue surgiendo la partitura de ese poema sinfónico que ya tenía un nombre y que no podía ser otro sino "Campo".

Ahora será otro músico, el que con su inteligencia y magnanimidad colaborará en mentista, pedagogo y director Benone la obra. Es el siempre recordado instru-Calcavecchia que, en estos momentos, pese a su salud bastante quebrantada, hará la copia de la partitura, sintiéndose con el deber moral de quien fuese una pequeña rueda del enorme engranaje que se llamará luego fama y gloria.

Finalmente la obra estaba terminada, sólo faltaba que alguien, cual deidad mitológica, le infundiera el soplo divino de la vida. Pero no fue una deidad sino un hombre llegado de legendarias estepas quien, como a Lázaro redivivo fue y le dijo: ¡Levántate y muestra a la faz del mundo el verdadero cantar de tu tierra!

Es el maestro ruso Vladimir Shavitch que llega a estas tierras junto a su esposa la pianista Tina Lerner y se dan enteramente a la noble tarea de formar músicos capacitados. En cuanto Shavitch ve la partitura de "Campo" se da cuenta que está ante algo nuevo, ve a través de ese desgranar de melodías y ritmos la savia potente y avasalladora de América y siente el canto de la tierra y de los hombres de un nuevo mundo. Así se llega al día triunfal del 29 de abril de 1922 que en el teatro Albéniz, junto a los inmortales de la música el poema de Fabini ve la primera luz. Momento crítico en la vida del hombre y del músico, instante fatal o feliz para fijar el rumbo en el amanecer de un genio. Es entonces que el público entra en íntima comunión con el murmullo sonoro que surge de las maderas y que con la entrada de cuerdas y metales se ensanchará en enorme torrente, para rematar triunfalmente en ese profético y penetrante llamamiento de la trompeta que conmueve como un un grito en medio del silencio y que no es otra cosa sino el llamamiento del terruño y el anuncio del nacimiento de una raza y de un mundo nuevos, ebrio de luz y de espacio. Pero antes de llegar a este magnífico final el oyente pasará por una serie de distintas emociones que irán desde el sonido acariciante del oboe en el melancólico triste, que parece evocar dulcemente el pasado, a los ritmos vivaces de un pericón y a las reminiscencias de unas notas de acordeón, hasta el desbordamiento sonoro de la orquesta entera en el final. La música enmudece pero en el atronador aplauso que la sigue se ve el fervor y el entusiasmo de un público, que interpretando perfectamente al autor se ha sentido tocado en sus fibras más hondas por algo que es suyo y como tal le pertenece.

A poco más de un año el poema de Fabini recibe la consagración definitiva al ser interpretado por Ricardo Straus en un concierto dado en el Colón de Buenos Aires. En 19.5 Shavitch se encuentra en Londres dirigiendo la Filarmónica y en uno de sus primeros conciertos incluye a "Campo". Poco después el mismo director viajará a los Estados Unidos y en la ciudad de Syracusa estrenará el poema de Fabini. El triunfo fue verdaderamente apoteósico, recordemos solamente que la sala entera, de pie, ovacionó la obra y que Enrique Caroselli, desde su palco, tuvo que agradecer en medio de una intensa emoción, en nombre del Uruguay y de su autor.

Se van a cumplir los veinticinco años del estreno de "Campo" el 29 de abril de 1947. Se organiza un concierto extraordinario para el 19 de junio y se invita al maestro Shavitch a dirigirlo nuevamente, como lo hiciera en el viejo teatro Albeniz, ahora en el Estudio Auditorio al frente de la OSSODRE. Ceremonia emotiva como ésta habrá pocas. ¡Qué mundo de sueños y recuerdos une sus vidas cuando Shavitch y Fabini se abrazan emocionados!

Y cuando apenas unos meses después, en diciembre de 1947, moría Shavitch en Palm Beach a Fabini se le iba parte de su vida y de su alma. El músico sentía también que a su corazón lo iba minando poco a poco el cansancio.

Ya no tenía las alas desplegadas en pleno vuelo triunfal y veía con tristeza como se iban replegando sobre sí mismas.

Y llega el otoño de 1950 y en la tarde de un 17 de mayo se apaga tranquilamente su vida como se apagaban los fulgores del día en aquel remanso de las sierras, en un crepúsculo melancólico y sereno, hasta quedar con la paz de las estrellas.

Tal fue su sueño eterno, silencioso y calmo, interrumpido solamente por las notas conmovedoras con que el inigualable Cantor de Santo Tomás de Leipzig lo saludara al entrar en la inmortalidad.

Susana SALGADO GOMEZ.

(Especial para EL DIA).



Fabini, Shavitch y Tina Lerner, el día del estreno de "Campo" en el Albéniz.



Fabini y dos condiscípulos en Bruselas.

RAPTO

A mediodía empezó a llover. En la tarde anterior el cielo, por el norte, se volvió sombrío, y en cuanto anocheció palpitó de relámpagos.

Empezó a llover en tardas gotas. A veces retumbaba un trueno lejanísimo y su fragor se abría a los cuatro vientos, como si de él se desprendieran cuatro potros fantásticos que, espantados, se perdieran en la inmensidad saltando zanjas como abismos, pechando cercos gigantescos. Oscureció de golpe cuando empezó a ensillar. Pasó la cabeza por la boca de su poncho patria, se ajustó el sombrero, bajó el barbijo, y montó a caballo. Salió al trote.

Seguía lloviendo. Era un caer de gotas espaciadas, leves. Lo bravo de la tormenta estaba perdido en la distancia. Se encendía un relámpago y recién como a los veinte pasos de su caballo se oía el retumbo del trueno. Así llegó a la Pulpería de Gadea. Estaba cerrada la puerta, pero por sus grietas se veía luz y adentro había rumor de voces. Golpeó, le abrieron. Llevaba un frasco chato que hizo llenar de caña. De pie quedó junto a una mesa en la que cuatro paisanos jugaban al truco. Con los ojos fijos en las cartas que iban y venían parecía estar sumido profundamente en los lances del juego; pero no veía ni sentía nada de aquello. Su espíritu estaba prendido en otro lado.

En una de esas sintió la voz de Gadea y una de las manos de éste palmeándolo.

—Sentate. Doroteo.

Se sacudió en un despertar sobresaltado.

—No. ¿Qué horas serán?

—Mirá... han de andar por sobre las nueve.

Abrió los brazos como desperezándose y murmuró:

—Bueno... al tranco..

Enderezó al mostrador, levantó el frasco, lo apretó entre bota y pierna y dijo:

—Buenas noches.

Gadea le habló:

—¿Tas de viaje?

—Sí, de viaje.

—¿Lejos?

—Tal vez lejos. ..Adiosito.

Y salió. Se orientó hasta su caballo, desmaneó y de nuevo montó. La lluvia seguía mansa, sin viento.

Al tranco... tranco... ¿Estaría? ¿No estaría?

Veinte metros antes de llegar al higuerón de la portera tufó su caballo, sentándose. Tiró las riendas, se echó adelante como queriendo acortar el espacio, y su mirada quiso pasar la negrura de la noche. En ese instante le llegó la voz de ella, velada:

—Doroteo...

Se apeó y se arrimó con el caballo por la rienda. Allí estaba esperándolo como le había prometido. Se estrechó a ella. Fue un abrazo tierno, agradecido, apasionado, pero sin deseo y sin fuego; extraño, tan extraño que no pudo ver las lágrimas que a ella le saltaron. Se hablaron con tenue acento:

—¿Hace mucho que estás aquí?

—No, poquito.

El desató los tientos que aseguraban la valija de su otro poncho. Sacó éste, lo abrió.

Ponete ese poncho.

—Pero si llueve tan mansito...

—Son algunas leguas, Lucía.

Sintió que un perro pegaba la nariz en sus botas.

—¿Y este perro?

—Es el Tordito. No quiso quedar.

—Pero es que te va a seguir...

—Y... güeno. Es mío.

El subió primero. Dejó el estribo libre. Ella se sentó en el anca, se aseguró a él en un medio abrazo. Y silenciosamente enderezaron al Río Negro. Y así marcharon una hora, dos horas... hasta que llegaron al paso.

Y cuando los cascos del bayo hicieron crujir el arenal del río, Doroteo conoció que éste había crecido más de lo que él esperaba. Y pensó:

—Relampagueó mucho al norte. Creciente de arriba...

Pero no tiró las riendas. Sintió el golpear de los cascos en el agua. Y la voz de ella:

—¿No habrá crecido mucho?

—Cuando más irá a bola pie. Cuatro trancos del bayo y estamos del otro lao.

Pero sintió una cosa más negra que la noche en su interior.

Cuando el frío del agua le pasó las botas le dijo a ella:

—Agarrate bien.

Y el brazo de ella se ciñó a él con fuerza, con angustia...

El bayo se hundió súbitamente. Y la corriente lo atrapó en su vorágine, giró en un remolino, las aguas apagaron un ¡ay! de ella...

Sintió que Lucía se le escapaba. En un movimiento instintivo se libró del poncho, dio dos o tres brazadas poderosas y lanzó dos o tres gritos desesperados. Y se sintió arrastrado, arrebatado, impotente. Y así, apareciendo y desapareciendo, descendiendo al fondo del río o subiendo sobre su corriente, sintiendo en el rostro ya la tibieza de las aguas convulsas, ya el frío del aire tempestuoso, resbalando por un camino horrendo e invisible, viajó, viajó...

✦

Cuando abrió los ojos fue en la turbia luz del amanecer. Los abrió y miró. Sintió un suave calor en el rostro. Era el Tordito. Se irguió poco a poco, acodándose en la tierra empapada.

Observó donde estaba: era sobre la tierra empastada, señal que el río había retasado sus márgenes normales. El espinillar clareaba allí. El monte espeso se hundía gradualmente en las aguas que hacían chiflar sus ramazones con el ímpetu de su creciente. Seguía lloviendo.

El Tordito le lamió otra vez la cara. Caviló que el perro, nadador de raza, había pasado el río y buscando a su dueña lo había encontrado a él. Allí estaba a su lado, mirándolo intensamente con sus ojos de tinta. De vez en cuando le mordía el saco y lo tironeaba como queriendo levantarlo, emitiendo una ronca queja. Y enderezaba después por la vera del agua hacia adelante, se detenía, esperaba, volvía. Era negro, bien negro, relumbroso. Ella le había puesto el nombre.

—Pero, ¿qué querés Tordito?

El frasco de caña se le había incrustado en la pierna, que dolía. Lo sacó, lo destapó y lo llevó a la boca. Temblaba su mano. Tenía los dedos arrugados como cáscara de ceibo viejo, casi insensibles. Bebió largamente. Después pudo ponerse en pie. Recién entonces midió exactamente la dimensión de su tragedia.

En el último baile que estuvo con ella — cuando su padre violentamente quiso separarlos y relumbraron los cuchillos— decidieron aquello. El se la llevaría lejos. Era rubia, de ojos verdosos, suave. ¡No se habían besado todavía! Ya no la besaría nunca... Y su caballo, lo que más quería después de ella...

De nuevo cayó sobre la tierra y después que lloró mucho tanto que se le secaron los ojos, se levantó otra vez y enderezó al río. Y lentamente se fue hundiendo en él. Sintió las aguas más calientes que el aire subiéndole por el cuerpo. Ya las tenía apretándole el pecho cuando oyó chapotear detrás de él. Se volvió. Era el perro que lo seguía nadando.

—Pero Tordito...

Esperó que se le acercara, lo sostuvo un momento entre sus manos, lo miró amorosamente. Al fin le dijo:

—Hacés bien, Tordito. ¡Ya no tenemos nada!

Y siguió hacia adelante. Y el río, que pasaba bramando, se los llevó para siempre.

José MONEGAL.

Dibujo del autor.

(Especial para EL DIA).



Figuras hispánicas

JORGE MANRIQUE

HEMOS acompañado a *El Cid* en su tarea de forjar voluntades, recorriendo espiritualmente su ruta, desde la reseca Castilla hasta la verde Valencia. El Poema (1140) nos lo representa vivo en su figura, súbdito y conductor superlativo, y por eso incompatible con la adulación y la injusticia: *gran vasallo si hubiese gran señor*. Su aventura de hierro fue como la forja para el verbo-martillo y el sustantivo-yunque de nuestro idioma. El programa nos impuso posada grata en las fábulas del Infante Don Juan Manuel (1282-1349?), cuya prosa se hace ejemplo didascálico, imagen y galanura. La premura del viaje programático no nos permitió detenernos en las estancias de Berceo (1198-1274?), ni en las Arcipreste de Hita (1283-1350?). E inopinadamente, sorpresivamente, nos encontramos con Jorge Manrique (1440-1478), paladín del verso y de la espada.

¿Dónde el hontanar de su gracia y melancolía? En el siglo XV español culmina la gran aventura —aventura mantenida sistemáticamente durante ocho siglos— unificadora de lo que había de ser España. La unidad, tanto como una expresión de la diversa y múltiple geografía, lo era también de la no menos diversa y múltiple, compleja, entraña espiritual de sus pueblos, que sólo podrá lograse cumplidamente con el respeto a esas diversidades. En el siglo XIII, Alfonso X el Sabio, con "Las Cantigas", la "General Estoria", "Las Partidas" y la "Crónica General" (en su primer libro), aporta los elementos esenciales de una nueva realidad nacional, con el fermento de una nueva sensibilidad religiosa, humanista, de loor a la gracia femenina, de glosa épica en las faenas históricas, de jurisprudencia para la vida nacional, de estilo en la cronología de los grandes hechos y relevantes figuras.

Jorge Manrique, manantial lírico para el temple del acero, afirma una galantería castellana, no por sobria menos sutil y sensualista que la de los pueblos mediterráneos. Sus primeros poemas son de amor rendido a la femenidad. Como si todo su afán bélico tuviera como meta la conquista del alma femenina. ¿Cómo tan fuerte varón se considera venturoso rindiéndose a su amada? Acaso por eso, porque era fuerte varón. ¿Dónde si no en la mujer se hace fortaleza la fuerza del hombre? De acción extravertida, el hombre va tras la conquista del alma femenina con el deseo de hallar en ella la intimidad conservadora que haga perdurable su menester histórico.

Jorge Manrique expresa esta parte de su creación poética en poemas como el coloquio "De Don Jorge Manrique quejándose del Dios de Amor y cómo razonan el uno y el otro", también en "Diciendo cosas de amor", y en "De la profesión que hizo de la Orden del Amor", "Castillo de Amor", "Escala de Amor" y otros de su primera producción, en los que el poeta, en plenitud amorosa, es un cantor de su tiempo y medio cortesanos. Pero en Manrique el verso se hace más sencillo y pulido, más melodioso y rítmico. Versos trabajados como miniaturas, con paciencia de orfebre en la iniciación de un nuevo estilo de esperanza amorosa.

Mas ya en ellos aparece la sombra de la muerte nublando los horizontes de la dicha humana. Como si la muerte fuera la estancia donde el amor alcanzase persistencia y eternidad. Pero la muerte aún no es el "se acabar" precisamente, sino el acicate para el juego contrapuntístico de los sentidos. Así, por ejemplo, en su poema: "Porque estando él durmiendo le besó su amiga", analiza sutilmente, poéticamente la traición y dice:

> *"Perdono la muerte mía;*
> *mas con tales condiciones,*
> *que de tales traiciones,*
> *cometáis mil cada día. . ."*

terminando con aquellos versos llenos de paradojal humor galante:

> *"Más placer es que pesar*
> *herida que otro mal sana:*
> *quien durmiendo tanto gana,*
> *nunca debe despertar".*

Pero donde la obsesión de la muerte aparece ya con plenitud de aliento es en su canción que dice:

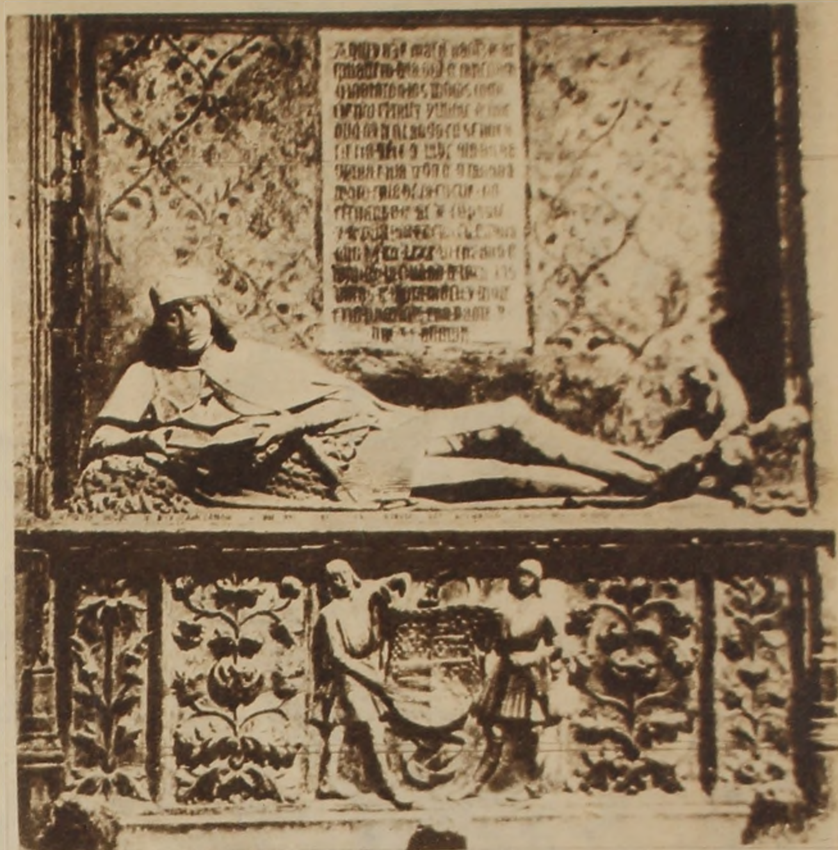
> *"No tardes, Muerte, que muero;*
> *ven, porque viva contigo;*
> *quiéreme, pues que te quiero,*
> *que con tu venida espero*
> *no tener guerra conmigo".*

¿Fue exclusividad de los poetas españoles de aquel tiempo la obsesión de la muerte? En realidad la muerte era una de las constantes en el pórtico temporal de la Edad Moderna. Se regustaba aun el veneno mortificante de Milenio. El año mil de nuestra era se consideraba como el del fin del mundo. Así lo pronosticaban videntes y profetas, penitentes y endemoniados. Una humanidad sin cura de su salvación eterna, sería castigada al cumplirse el año mil de la tragedia del Gólgota, como venganza también de la ira divina. La muerte se enroscaba a todas las manifestaciones artísticas. La Danza Macabra era motivo de inspiración de pintores y constituía ritmo en los aquelarres de brujas y embrujados. Si en la pintura española el Cristo crucificado atestiguaba la presencia del polvo a que conduce la vida, aun en la misma divinidad, en los pueblos centroeuropeos la Danza Macabra hacia de la vida un ritmo de muerte.

¿Mas en verdad es a la Parca a la que diviniza Jorge Manrique en sus inmortales Coplas a la muerte de su padre? Un historiador y crítico contemporáneo, Américo Castro, nos proporciona una interpretación tridimensional de la lírica y el pensamiento de Jorge Manrique. La vida como una realidad de aventura sobre la tierra; la vida terrenal como tránsito para la inmortalidad última, a la que conduce la fe de los creyentes; la vida como un testimonio del paso del hombre sobre la tierra por la calidad de su obra, su heroísmo, según término grato a los académicos, antiheroicos por naturaleza.

Saboreemos aquella copla, la número tres, tan difundida, que dice:

> *Nuestras vidas son los ríos*
> *que van a dar en la mar,*
> *que es el morir;*
> *allí van los señoríos*
> *derecho a se acabar*
> *y consumir;*
> *allí los ríos caudales,*
> *allí los otros medianos*
> *y más chicos*
> *y llegados, son iguales*
> *los que viven por sus manos*
> *y los ricos".*



EL DONCEL. — Escultura renacentista de la catedral de Siguenza, considerada como el símbolo de la cortesanía, fuerza, inteligencia y elegancia espiritual, truncadas "en la mitad del camino de la vida". De ella fueron ejemplo vivo ***Jorge Manrique y Garcilaso de la Vega.***

En realidad, los ríos que van a dar en la mar no mueren, se hacen mar. Y aunque en la imagen de Jorge Manrique se materializa el ejemplo, brota de él una metamorfosis nirvánica, en la que la corporeidad del ser se tranforma en esencia del ser. Y este es uno de los aspectos por el que otro contemporáneo, Antonio Machado, se introduce en lo que llama intemporalidad de la poesía de Jorge Manrique, desentendiéndose de la realidad inmediata para dirigirse al fluir de las cosas en la eternidad del tiempo. Jorge Manrique repite lo que era lei motiv del pesimismo de su tiempo. Ante los hombres, sus pompas y sus glorias, pregunta: "¿Qué se hizo el rey Don Juan? — Los Infantes de Aragón — ¿qué se hicieron?". Acentuando el interrogante al tratar de los devaneos femeninos:

> *"¿Qué se hicieron las damas,*
> *sus tocados y vestidos,*
> *sus olores?*
> *¿Qué se hicieron las llamas*
> *de los fuegos encendidos*
> *de amadores?*
> *¿Qué se hizo aquel trovar,*
> *las músicas acordadas*
> *que tañían?*
> *¿Qué se hizo aquel danzar,*
> *aquellas ropas chapadas*
> *que traían?"*

El canto de Jorge Manrique a la muerte, invocándola, no es considerarla como el "se acabar", sino hacer de ella un tránsito hacia la vida perdurable, vida ultraterrena en el creyente, vida que se prolonga en la memoria de las gentes cuando se hace de ella un ideal a imitarse. Lo del dístico célebre: "Vive tu vida de tal suerte —que viva quede en la muerte", idéntico al epitafio que da leyenda a la tumba de don Rodrigo Manrique:

> *"Aquí yace muerto el hombre,*
> *que vivo queda su nombre".*

Quien busca vida perdurable en la memoria de los hombres no puede creer que la muerte a todos los iguale ni que la muerte sea el no ser. En realidad, según su imagen, nuestra vida es un fluir de ríos que van a convertirse en la mar infinita de los misterios.

Imposible sería una valoración de la obra poética de Jorge Manrique sin un conocimiento, aunque somero, de la vida del hombre. Nació en ¿1440?, en Paredes de Navas, provincia de Palencia. Murió en 1478. Treinta y ocho años de una vida de espada y pluma. Se unió a las huestes del infante Don Alfonso y de Doña Isabel la Católica. Sufrió destierro y prisión, pues a eso conducía ser personal y temperamental en el trato de corte y en las lides de guerra. Flor de caballeros. Príncipe del renacimiento literario español, de él podría decirse lo que él dijo de su padre:

> *"Amigo de sus amigos*
> *¡qué señor para criados*
> *y parientes!*
> *¡Qué enemigo de enemigos!*
> *¡Qué maestro de esforzados*
> *y valientes!*
> *¡Qué seso para discretos!*
> *¡Qué gracia para donosos!*
> *¡Qué razón!*
> *¡Qué benigno a los sujetos!*
> *A los bravos y dañosos,*
> *¡qué león!"*

Su don de esfuerzo y caballería, de gracia y humanismo, le hizo tipo representativo del hombre cortesano de su tiempo. Gracia y esfuerzo trocados en el "dolorido sentir" de Garcilaso de la Vega, expresión que en piedra quedó grabada para siempre en la escultura "El Doncel", de la catedral de Sigüenza. Esa madurez de muerte para la vida lo heredó del "Eclesiastés", de "El libro de Job", de Juan de Mena, de Gómez Manrique. Y lo trasmitió en herencia de vida perdurable al sentimiento filosófico — o filosofía del sentimiento — de Schopenhauer, de Leopardi, de Heine, de Unamuno. Y enraizado se halla al árbol frondoso de la nueva filosofía, que desde Kierkegaard a Heidegger busca una salida a la angustia del hombre.

Y fue, poeta y varón, con hombredad. La muerte le sorprendió cantando doloridamente la "vanidad de vanidades". Más que morir, salió a la busca de la muerte con sonrisa poética y bizarría romancera de pie quebrado. Dice Hernando del Pulgar en su crónica:

> "el capitán don Jorge Manrique se metió con tanta osadía entre los enemigos, que por no ser visto de los suyos para que fuera socorrido, le firieron de muchos golpes y murió peleando cerca de las puertas del castillo de Garci-Muñoz".

Tenía treinta y ocho años. No hay vida de arte que dure más. Y él empezó su pasión de arte desde su infancia. Se dice que, al recuperar el cadáver, se le encontró bajo el peto la estrofa de la copla 41, que dice:

> *"¡Oh mundo! Pues que nos matas,*
> *fuera la vida que diste*
> *toda vida;*
> *mas según acá nos tratas,*
> *lo mejor y menos triste*
> *es la partida. . ."*

F. FERRANDIZ ALBORZ.

Castillos (Rocha), 1955.
(Especial para EL DIA).



Glosa fa

mosissima sobre las coplas de dō Jorge manriq̃

La vanda y cadena son ciertas señales de armas y glosa de hechos nombrados de cuyo linaje fueron los antepassados que aquellas dexaron por ser inmortales...



Grabados de la época, facsímil de una de las primeras ediciones de la "Glosa famosísima sobre las Coplas de Jorge Manrique". Una de ellas estampa el primer verso inmortal: "Recuerde el alma dormida".

ESPIRITU Y RE
EN LA PINTURA ES



El "Entierro de un obispo", del Museo del Louvre; sustancia pura española de Francisco Zurbarán.

COMO en Grecia, desde luego, como en Italia después, la arquitectura en España precede a las otras artes. En el siglo IX aún, una catedral arcaica aparece ya en Oviedo. Y del mismo siglo vienen Santa Cristina de Lena, la iglesia de Valdediós y las capillas de Liño... La arquitectura románica está en su apogeo pleno, se hispanizó, se traspuso, cuando media el siglo XII. Y entre el XIII y el XIV, el gótico toledano, el de León y el de Burgos, a pesar de su origen extranjero, hizo ya modo español. Y originó una escultura. Ciertamente (ya se dijo) nada más instrumento ornamental de la arquitectura gótica, pero no escultura autónoma. En todo caso... escultura (y es lo que importa aquí): "ensayo" ya manifiesto de escultores españoles. Porque hasta un siglo más tarde no traerían de Italia un Alonso Berruguete y un Diego de Siloé la proyección italiana de la antigua estatuaria. No siguió camino idéntico el nacer español de la pintura. Ni hubo nunca en España un Cimabúe, ni nada que recuerde a Giotto, ni siquiera a un Antonio de Messina. En pie ya la estructura de las grandes catedrales góticas, la pintura "española" no ha nacido todavía. En Burdeos, este año, el "Festival de Arte" ofrece (exposiciones y crítica) un completo material de estudio sobre este arte español con tal retraso nacido y, en sus dos primeros siglos, sin embargo, inagotable matriz de originalidad hasta el tuétano impregnada.

Hay ya en España, ciertamente, una pintura cuando el siglo XIV apenas media: en Cataluña, los frescos de Pedralbes, los retablos de Sigena, el tríptico aragonés del Monasterio de Piedra. De 1415 son los retablos de Alfón que aún conserva la catedral toledana. Proyecciones, los unos, de la pintura de Siena. En Toledo especialmente, de Florencia. Pero hasta 1450 no funda Sánchez de Castro la escuela primitiva sevillana. Y esta escuela es la cuna de la pintura "española". Precisamente en Sevilla. Donde mas de un siglo y medio ya corrido, habrá de nacer Velázquez a su arte. ¿Pintura "española" ya, a partir de Sánchez de Castro? ¡Pintura española ya! Aun de origen italiano esta pintura. Aun con el peso de Italia. Un Antonio del Rincón fue estudiante florentino. Y lo que en Toledo queda de este artista todavía, ya no es carne, ni nervio, ni espíritu, florentinos, sino la más pura substancia de la Castilla de siempre. Y manera castellana es el primer Berruguete. Y honda castellanidad es Iñigo de Comontes. En Salamanca, la pintura de Gallegos es albor renacentista a la manera española.

Importaba señalar esta avanzada de la pintura en España. Avanzada tardía. Sin embargo, avanzada fecunda. La presenta hoy en conjunto el Festival de Burdeos, y en conjunto habrá de verse para mejor apreciarla. Importaba señalarla, pues, y ponerla de relieve, porque llega luego, y pesa, todo el siglo XVI. Y es la gran trashumancia de la pintura europea. Pintores italianos y flmencos que venían hacia España, burguiñones, alemanes. Y pintores españoles que marchaban hacia Italia. Un Torregiani, en Granada; Juan de Borgoña, en Toledo; Isaac de Helle, el Greco, Pedro de Campaña, Antonio Moro, el "Bergamasque", Antonio Rizzi... Y aún (nada menos): ¡Juan Van Eyck! ¡Qué invasión en Toledo, en Sevilla y en Burgos, en Granada, en Madrid, en Valencia, de pintura sienesca y florentina, veneciana, flamenca, burguiñona alemana! Carlos V reinaba. Y Felipe II. El prelado y la iglesia opulenta. Y ¡el primer oro de América! ¿Desde España, al mismo tiempo? Para Italia salían ,de Castilla, Alonso de Berruguete, Becerra, Navarrete "el mudo"; Juan de Juanes salía de Valencia, y Francisco Ribalta; Luis de Vargas, de Sevilla; de Córdoba, Céspedes... Y la Italia de entonces es Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Ticiano, Rafael, el Corregio... Que ese inmenso aluvión, decantado, dejase una pintura "española", podría parecer milagro... si hincada no estuviese ya aquela raíz del Berruguete primero; y de Iñigo de Comontes, de Gallegos, de Juan Sánchez de Castro fundador y primer adelantado de la escuela de pintura sevillana.

Porque los rastros quedan del aluvión tremendo. ¿Cómo no?, si de todo ese arte trashumante vienen el "impulso" y la gran sacudida de la pintura española a esa danza prendida. Pero nacen las escuelas españolas. Timidez y humildad al comienzo (los maestros de Italia, en el fondo; los maestros de Flandes también), se ponen en marcha, se emancipan, se escapan, se "nacionalizan", de defectos y de calidades propias se van impregnando en seguida. Y a la independencia llegan, a la fuerza original de un estilo, a la audacia, a la fuga, más allá alguna vez de lo que era razonable, o no más lo parecía, y en lo específico de la verdadera pintura española es virtud y no exceso, locura de razón o razón de la locura. Véase de qué manera, en tal proceso, no llegó a romperse nunca el cordón umbilical desde el siglo XV español distendido. Y ¿el proceso en sí mismo? Pasando de la escuela florentina y romana (la forma), a la escuela veneciana (el color) y, después, a la escuela boloñesa (de las otras la mezcla), vivió la pintura italiana. ¿Qué ocurrió de distinto en España, en función del proceso pictórico?

Ocurrió de distinto que cuatro escuelas de pintura surgen en España, casi simultáneas, y en cambio se suceden en el tiempo las escuelas italianas. Sin que pueda asimilarse, desde luego (oponerse tampoco), lo que ocurre en Florencia y en Roma, en Venecia en Bolonia, al fenómeno Sevilla, Toledo, Valencia, Madrid, asiento original y efervescencia de las cuatro escuelas españolas de pintura.

Claro está que en seguida solamente fueron dos, cuando la escuela valenciana, por Juan de Juanes creada, ilustrada por Ribera (pura entraña española en la pintura), por los hermanos Ribalta, vuelve al seno maternal de la escuela sevillana. Y cuando Madrid absorbe (capital por el placer de un Felipe II que ya busca el esqueleto roquero del Escorial) las escuelas de Toledo y (éstas últimas menores) de Valladolid, Zaragoza y Badajoz. Quedan, pues, las escuelas de Sevilla y de Madrid. Andalucía y Castilla. Y Sevilla es Luis de Vargas, Marmolejo, Reolás, el viejo Herrera, Pedro de Moya, Pacheco, hasta llegar a Murillo... Pero, antes de "llegar", ¡está Velázquez! Que también es la escuela madrileña con este injerto andaluz. Y Berruguete, Becerra, Pantoja,



En el alma atormentada está la fuerza de Ribera: el "Entierro de Cristo" (más humano que nunca), del Museo del Prado.



La llama inmaterial de Zurbará está e... (Galería de Londr...

También en la crudeza de Ribera, la ... humilde del "Enano con e...

...ALISMO ...PAÑOLA

...Sánchez Coello, y Collantes, y Pereda... ¡Qué lejos ya el aluvión!

Tres ejemplos singulares del aluvión ya pasado: Zurbarán, Ribera, Herrera. ¡El placer de encontrarlos ahora, codo a codo, en los muros del mismo salón! Los tres "italianizantes". Caravagistas los tres. En su origen, sin duda. Y ¡qué españoles después! Sea religioso el tema, o sea también profano, popular o patológico, ¡qué desdén en los tres de cuanto es convención, o académica fórmula! En Zurbarán, en Ribera, especialmente, todas las simplicidades de técnica y de color. En el alma atormentada está la fuerza. En el "tuétano del alma" o el "cogollo del espíritu", como diría Unamuno. Los temas tradicionales se impregnan de novedad. Y lo directo, lo crudo, y lo brutal, de esta técnica (el violento realismo de Zurbaran, de Ribera), que teóricamente debería apagar toda luz del espíritu, en llamas inmatriales lo envuelve, en cambio y lo exalta. Aquí están, de Zurbarán, por ejemplo, el "Monje orante", el "Entierro de un Obispo", la "Disputa teológica"; el "Enano", de Ribera, y el "Entierro de Cristo"...

La más pura expresión espiritual, la más intensa, en el fondo del más fuerte realismo. ¿Qué queda del aluvión? ¿Qué puede haber de alemán, de italiano, de burguiñón, de flamenco, en ese ejemplar producto de la substancia española que pone lo espiritual en lo más brutal y crudo y para "extraer" el alma se apoya en "su" realismo?

J. B. TOLEDO.

Burdeos, 1955.

(Especial para EL DIA)



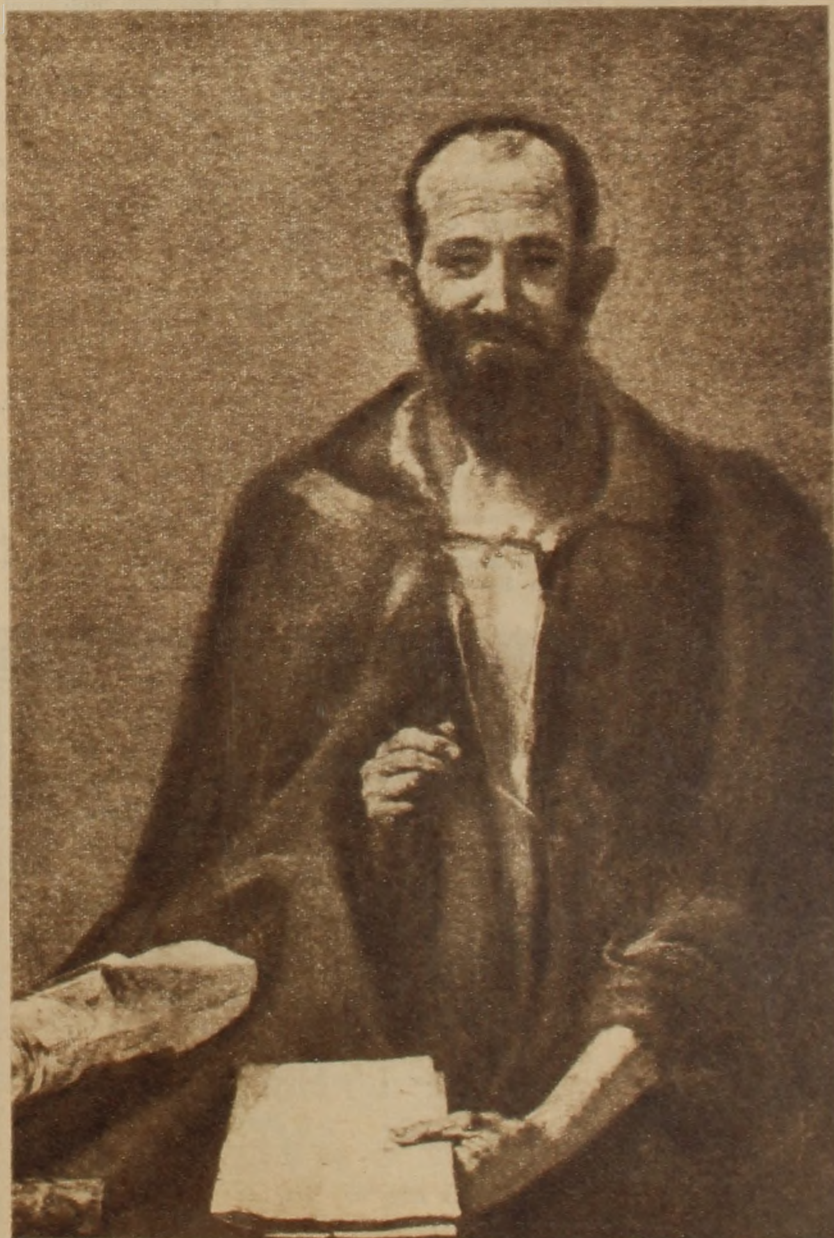
También Murillo "extrae" el alma del fondo del realismo, en este "Niño Mendigo" conservado en el Louvre, de París.



...."Monje orante".



...a espiritualidad ...oto".



La violencia de Ribera, en el "Arquimedes", del Prado.



El muro griego, o exedra, proyectado por el Arq. don Eugenio P. Barottio, totalmente concluido y al que sólo falta colocarle el busto de Espínola, modelado por Serrano.



Busto expresivo del doctor Alfonso Espínola, modelado y donado por el escultor Pablo Serrano. Fundido en bronce, será puesto en el monumento a inaugurarse en el Prado.

ALFONSO ESPINOLA

HAY frases que, por su elegancia y solidez, tienen algo de columna y por su característica de facilitarnos el acceso a una vida, tienen mucho de pórtico.

Cuando el Dr. Alfonso Espínola llegó a Montevideo en el año 1878, su juventud, su capacidad, su preparación, hasta su prestigio ya difundido por los compañeros que le habían precedido, le aseguraban el triunfo total: científico y económico. Pero Espínola se fue de Montevideo, silenciosamente, con una frase sencilla: "Aquí no hago falta; hay muchos médicos". Y se radicó en Las Piedras donde no había ninguno. La frase transcripta aparece hoy, ante sus biógrafos, como el pórtico de la gloria de Espínola.

El pueblo de Las Piedras lo vio llegar con sus 33 años: alto, frente despejada, melena romántica y, en la mirada, enérgica y dulce a la vez, un desafío optimista frente a la vida. Pero llegaba también con un tesoro cientfico sabiamente asimilado, con un ojo clínico sutilmente sagaz, con una finísima aptitud de psicólogo y con una entrañable vocación de amar al prójimo más que a sí mismo.

Como médico realizó el milagro de ver reconocida su personalidad científica en la opinión de los más famosos colegas de Montevideo y del exterior, a pesar de haberse privado, voluntariamente, de la fácil popularidad de la Capital y del relumbrón de los honores oficiales y de los congresos internacionales. Esa consagración unánime alcanzó elocuente expresión en la frase rotunda del gran maestro Pedro Visca, quien habiendo sido llamado en consulta para atender a uno de sus enfermos, después de confirmar el diagnóstico del médico de cabecera, manifestó: "Donde esté el doctor Espínola, no se necesita otro médico".

Pero el apostolado profesional iba más allá del hábil manejo del bisturí o de la oportuna medicación: el doctor Espínola atendía también a las almas; y surgía entonces ante el enfermo, el observador fino, el psicólogo coasumado, el hombre saturado de ternura. Dar al paciente la seguridad de su curación aunque no la tuviera, manifestarse alegre ante el cuadro sombrío, buscar el pretexto inteligente que justificase una visita a altas horas de la noche, con el fin de no alarmar al enfermo grave, desviar la conversación hacias temas intrascendentes, aunque en su conciencia estuviese golpeando despiadadamente la angustia de un grave problema a resolver.

Si ante el médico, la frase del Dr. Visca fue definitiva, *el Hombre* alcanzó la máxima consagración por boca del más humilde de sus hermanos. La anécdota lo revela. Son las tres de la mañana de una noche de invierno. Llueve torrencialmente. De una modesta casa sale un hombre que no tarda en ser devorado por la oscuridad. Marcha a pie, porque su pobreza no le permite tener coche. Tampoco lleva paraguas porque se lo dio noches pasadas a una viejecita pordiosera que encontró por la calle. No acude a ninguna cita; se dirige a un rancho miserable para observar una etapa que le interesa, en el proceso de una enfermedad. Es el doctor Espínola. Un forastero que se ha cruzado con él en la calle solitaria, le pregunta al sereno por aquel hombre extraño y éste le contesta: "¿Ese?... Ese es dios, que anda en la tierra..."

El espíritu del pueblo, sensible y poderosamente intuitivo, había captado plenamente la grandeza de alma de aquel hombre extraordinario que vivía en perpetuo gesto de ofrenda, de aquel protagonista de un nuevo Evangelio, que curaba enfermos en una agotadora peregrinación diaria, que devolvía al paciente acaudalado lo que, según su criterio, excedía a sus honorarios y que le ofrecía al pobre, con absoluto desinterés, su saber, su amorosa dedicación, los medicamentos necesarios, su exiguo dinero y hasta su propia comida.

De aquel ser proteiforme que aún disponía de tiempo para enseñar ciencias y letras, dar clases de astronomía en la plaza pública, pronunciar arrebatadoras arengas patrióticas y fundar cátedras de conferencias e institutos de investigación científica.

De aquel héroe de leyenda, que un día, ya gravemente enfermo, venciendo una lógica resistencia familiar, se levantó de la cama para salvar una vida más y al volver al lecho entregó la suya serenamente, con la bella sencillez de quien está acostumbrado a dar. Era ya lo único que le quedaba: un poco de vida.

El doctor Espínola tuvo por enemigos, sólo a la muerte, a las enfermedades y al dinero...

Pero de todas las luchas libradas, la más original y reveladora de su carácter fue contra este último. El criterio utilitario del hombre corriente lo lleva a combatir por la posesión del bien económico y para conseguirlo debe enfrentar, en actitud bélica, a sus hermanos. Espínola buscó la alianza fraterna para evitar que el dinero lo poseyese a él. Pudo ser rico y fue pobre. Pudo ser vanidoso y fue humilde. Reclamado por los poderosos, prefirió la compañía de los desheredados. Fue honrado, valiente y justo.

*

Un ciprés centenario del Prado, será consagrado en su honor como el "Arbol de la Abnegación". Merecido homenaje y bello símbolo. Un árbol recordará a Espínola y será un ciprés...

La mayoría de los árboles se adornan con flores y frutos, diversifican la dirección de sus ramas y mueren un poco cada invierno. El ciprés, en cambio, desprecia el fatuo colorido perecedero, permanece invariable ante las mutaciones de la naturaleza y concentra su ramaje en una única aspiración rectilínea de cielo y estrellas. ¿No es, pues, el árbol indicado para sugerir la idea de inmortalidad?

Juan Carlos ***URTA MELIAN.***

(Especial para **EL DIA**).



El "Arbol de la Abnegación", que con su complemento, la exedra, componen el monumento a Espínola. Más monumento, sin duda, el ciprés, de forma armónica maravillosa, hecho por la Naturaleza durante 80 años.



Otro aspecto de un conjunto de casas de todos colores, y como prisioneras entre mar y montaña.



El muelle del puerto de Ushuaia. El horizonte esta totalmente cortado por abundante cinturón de montañas.

USHUAIA, LA CIUDAD MAS AUSTRAL DEL MUNDO

ES casi mediodía cuando el buque toca paso a paso el muelle de Ushuaia. Es un mediodía de enero y apenas si se puede estar en cubierta por el intenso frío.

En realidad, a los tres días de haber abandonado Buenos Aires, ya se tiene olvidado que estamos en enero y que en aquella ciudad, sus habitantes están sufriendo temperaturas aproximadas a 40º.

Ni en el mismo Cabo de Hornos se sentía tanto el frío como ahora, a la entrada de Ushuaia.

Su puerto está despejado. Salvo alguna lancha de la Prefectura y a cierta distancia algún barco pesquero abandonado debido a conflictos entre tripulación y capitán o tripulación y compañía, todo lo demás es espacio libre.

Un marcado silencio reina en el muelle y, una vez finalizadas las maniobras de ancla, una vez amortiguado el ruido de las máquinas, viene hacia nosotros, desde alguna callejuela de Ushuaia, la voz de un parlante que está trasmitiendo música de tierra adentro.

Hasta ahora, a excepción del número reducido de personas que están en el puerto, casi todas ellas destinadas a los trabajos de carga y descarga del buque, hasta ahora, decimos, esa música parecería ser el único mensaje de vida que nos entrega esta ciudad que se distingue en su casi totalidad, como un pañuelo extendido, con sus casas de madera, pintadas de amarillo, verde, rojo, azul, gris, apareciendo como con los brazos abiertos hacia el mar y apoyándose en todo un cinturón de montañas cubiertas de nieve.

Allí están cerrando el horizonte el Monte Olivia, el Susana, Los Cinco Hermanos (cinco gigantes picos unidos por las faldas y mirando en el mismo sentido) y otras tantas montañas y glaciares que se van tomando como de las manos para cerrar el paso.

A la derecha, se distingue el edificio y sus anexos de lo que fuera la famosa cárcel de Ushuaia y a la izquierda, un conjunto de hermosisimas casas de madera destinadas a los navales. Pero todo está entre montañas nevadas y frío mar.

Por algunos instantes, unos rayos de sol se animan a filtrarse entre las nubes y pasan como una caricia sobre la cubierta del puente.

Pero todo ello dura poco y las masas de nubes se condensan más y más y comienza a caer una fría llovizna. Tampoco esto dura mucho y en la misma tarde de nuestra llegada, un viento cortante, continuo, sumamente frío, sopla por horas y horas sin variar tan siquiera en características. Es el viento Susana, (llamado así por venir en la dirección del monte del mismo nombre).

Esta es la característica de Ushuaia en enero: tan sólo un poco de sol, nieve, viento, frío y lluvia. Todo en un mismo día.

Sin embargo, los marinos y la gente de Ushuaia nos aseguran que es un lindo verano.

Una señora que reside en esta ciudad desde hace unos ocho años, nos asegura que su bienestar físico y espiritual ha mejorado notablemente con relación a su vida en Buenos Aires y nos afirma que están pasando un verano muy agradable a tal punto que su marido ha llegado a bañarse en una hermosa laguna que distinguimos desde la ventana.

Es enero y nos hallamos en su amplia y coqueta cocina donde funciona a todo vapor una enorme cocina económica. No hay necesidad de abrir tan siquiera una ventana. Al contrario: lo que tratamos es aproximarnos más y más al fuego.

Una niña que está haciendo los deberes (nuestras vacaciones grandes se hacen allí en los meses de invierno), capta en el aire nuestras intenciones y sonriéndose, nos cede gustosa el sitio. Afuera está gris y el cinturón de montañas cubiertas con nieve casi hasta las faldas, también asoman por estas ventanas contra cuyos vidrios aplastan sus narices unos hermosos geranios que también están gotán gozando de la agradable temperatura de la cocina. Todo lo demás es silencio y paz y tenemos que razonar para tener la sensación que no hemos cambiado de mundo, sino que tan sólo estamos a ocho días de navegación de Buenos Aires.

Tenemos oportunidad de entrar en otras casas. Ansiosos de beber agua fresca, sin ese sabor tan particular que toma el agua en los tanques de los buques, solicitamos por azar en un portón desde donde divisamos mujeres tendiendo ropa. Se nos había dicho que el agua de Ushuaia es deliciosa. Y lo comprobamos consumiendo vaso tras vaso en un hogar de chilenos.

También aquí estamos en una gran cocina, donde se está quemando leña en abundancia. Una mujer lava casi encima del fuego y otra está amasando con entusiasmo. Como si el mismo clima colaborara para hacer vida y tareas de hogar.

Les llama la atención nuestros abundantes abrigos y sonríen al notar todas las maniobras que hacemos para estar más próximos al fuego. Nos narran algunas cosas, nos interrogan sobre otras. Desde hace años faltan de Punta Arenas, de donde han emigrado así como un gran número de chilenos residentes en Ushuaia, tratando de mejorar en esta otra parte de Tierra del Fuego.

Ahora vemos de cerca ese conjunto de casas de distintos colores que divisábamos desde el buque. Las hay de toda categoría. Pero todas tienen abundancia de ventanas, sin postigos, con visillos que se corren de noche tomando entonces la ciudad un aspecto distinto al de otras ciudades. Entonces, desaparecen las calles, las luces en fila que señalan la existencia de las mismas, y aparece como una luz única, difusa, dada en su gran mayoría por anémicas lámparas eléctricas.

Hay poca gente por las calles y las que hallamos llevan casi tanto abrigo como nosotros. Vemos pocos niños y se nos asegura que en Ushuaia faltan mujeres.

Hay una sala moderna de cine pero donde mismo ahora, en enero, no se puede resistir una función entera por el frío que se sufre.

Hay bares. Quizás menos de los que pensábamos hallar y cuyos clientes no son tan abundantes ni tan pintorescos como era de suponer. Las enormes y rudimentarias estufas a leña no dan señales de vida. Se está a puertas cerradas y, aunque todos, inclusive el dueño del bar, llevan sus abrigadas camperas de cuero, forradas muchas de ellas con pieles, aunque todos sienten esos tres o cuatro grados, consideran sin embargo que se está en verano y que la temperatura es agradable.

Hay cierta abundancia de comercios (muchos de los cuales pertenecen a expresidiarios). En Ushuaia, con sus 4.000 habitantes, no se produce prácticamente nada (a excepción de cierta industria maderera y una fábrica que envasa mariscos). La leche condensada, la manteca y otros productos vienen desde Buenos Aires o de zonas más cercanas.

En las calles algo alejadas del centro, abundan las botellas vacías abandonadas y envases de conservas. Hasta no hace mucho tiempo, debido a que los buques llegaban con menos frecuencia, en Ushuaia no se sabía lo que era comprar una bebida envasada con devolución del mismo.

No hay mercado y por las calles no vemos vender objeto alguno. A pesar de cierta abundancia de casas muy humildes, no hay aspecto de miseria. Tampoco hay mendigos. Se ha establecido como una especie de equilibrio entre esos 4.000 habitantes y de los cuales la mitad pertenece a la marina.

De tanto en tanto la tierra de la calle principal es agitada por el ómnibus que va al barrio "Almirante Brown", poblado en su casi totalidad por italianos. Barrios de casas semejantes, arrinconadas contra la montaña y serpenteadas por corrientes que vienen desde las mismas.

El "villaggio", tal como todos han bautizado a dicho barrio, si no fuera por su arquitectura nueva y moderna, entraría muy bien en uno de los films más típicos del cine italiano.

Son cerca de las once de la noche y toda Ushuaia está envuelta en una luz natural que corresponde a la que se tiene entre las siete y las ocho en un claro atardecer de verano en Buenos Aires.

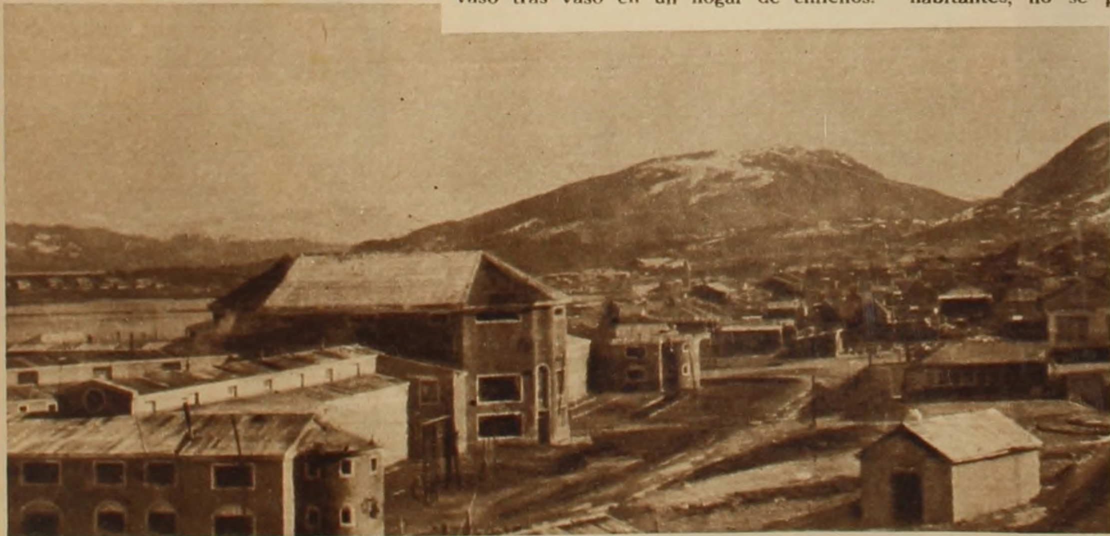
Son las once de la noche y no hay necesidad de luz artificial para leer. La montaña aparece nítida con abundante nieve. Las negras cruces de los presos muertos en prisión se destacan en la clara atmósfera que cubre el reducido cementerio.

En Ushuaia es difícil ver estrellas. Por lo tarde que oscurece, por tanta riqueza de nubes y por la frecuencia de las lluvias. También es difícil ver pájaros y a pesar de ser enero, asistimos a un delicioso y frío atardecer en un tupido monte, donde aún quedan huellas de los trabajos efectuados por los presos, pero nuestro atardecer es silencioso, extremadamente silencioso, sin ese lenguaje misterioso de los pájaros que se buscan, se llaman y se entienden.

En los montes de Ushuaia, sólo hablan el viento y el agua.

Ana **HOCHMAN.**

(Especial para EL DIA).



El cuerpo del edificio que aparecen en primer plano, pertenecen a lo que fuera la famosa carcel de Ushuaia. Ahora presta servicios a la base naval.



He aquí unas casas ubicadas casi en el centro de la ciudad. Hay cuatro cosas que llaman constantemente la atención: chimeneas, ventanas, antenas de radio y montaña.

Recuerdos de Einstein

EN 1923 el autor, luchando contra la escasez de bibliografía existente y después de un estudio de ocho meses, dictó, en la Facutlad de Ingeniería, un curso libre sobre la Teoría de la Relatividad de Einstein. Como consecuencia de ello, dos años después, cuando el sabio visitó el Plata, fue designado para asistir a las conferencias que pronunció en Buenos Aires, invitarlo a venir a Montevideo y, finalmente, honrado con el nombramiento, por el Rectorado de la Universidad, de Secretario Honorario del visitante.

En Buenos Aires

Las conferencias de Einstein, dictadas en la Facultad de Ciencias Exactas, duraron un mes. A ellas asistió una pléyade de profesores de dicha Facultad y de la de La Plata, que las escuchó religiosamente, asediando luego al Maestro con sus preguntas.

La recepción tuvo lugar en un Colegio Nacional, por ser su salón de actos el más grande de los establecimientos docentes. A ella concurrieron las autoridades nacionales y universitarias. A Einstein le habían indicado que debía ir de jacket (siempre era necesario decirle la ropa que convenía usar). De regreso en el palacete de Waserman en Belgrano, donde había sido alojado, tuvo lugar una cena fastuosa. Esperábamos en un hall cinematográfico, con columnas de granito negro, y Einstein no salía de su dormitorio. Por fin, la dueña de casa fue a ver lo que le sucedía encontrándolo nervioso y malhumorado pasaendo de arriba a abajo la habitación. Al preguntarle lo que le pasaba, el sabio le indicó, con un gesto contrariado, sus pies: había concurrido a la solemne ceremonia de jacket, pero calzado con las sandalias de cuero marrón y medias claras que usaba habitualmente...

Su conversación. Los hijos.

Durante la estada en Buenos Aires no pude tener ninguna conversación particular con él: estaba demasiado rodeado. Cuando volvimos en el vapor de la carrera, nos encontrábamos solos. En el camarote, él ya acostado, yo sentado a su pedido, en el borde de su cucheta, conversamos largamente en francés, pues el no sabía castellano, ni yo alemán. No era un *causeur* brillante: hablaba poco y a menudo quedaba callado, debiendo su interlocutor reiniciar la conversación. Pero tenía la sinceridad y franqueza peculiar de los sabios. Me contó muchas cosas de su vida privada, entre ellas que tenía dos hijos mozos. "¿Y...?", le pregunté. Captó en seguida el sentido de la pregunta —el anhelo de todo hombre de talento de perpetuarse en algún hijo que lo iguale —y me contestó con un leve alzamiento de hombros: "Son ingenieros de los ferrocarriles suizos..."

En Montevideo

Aquí se alojó en casa del señor Rossenblatt en la Avenida 18 de Julio y Convención. Dada la fatiga mental crónica del sabio, organicé su estada con vistas a que pudiera descansar y distraerse lo más posible. Dos estudiantes de Ingeniería hacían guardia de honor permanente en la parte alta de la escalera, despidiendo a los visitantes importunos y consultando sobre la recepción de delegaciones. El los llamaba cariñosamente "mis dragones" refiriéndose a aquellos de piedra que existen a la entrada de los templos chinos. Durante los siete días de su estada, fuera de las tres conferencias que dictó en el Paraninfo —con traje de viaje y sandalias— una modesta recepción que le ofrecí en mi quinta y una visita a la Facultad de Ingeniería, no hicimos más que paseos solitarios a las afueras, en un auto de remise que debía marchar a veinte kilómetros por hora.

La pesca y el violín

Le placía pescar en bote, no en el mar turbulento, sino en un río manso. Desgraciadamente, aquí no pudo organizarse ninguna excursión de esa naturaleza. Sabiendo esta preferencia, los profesores argentinos lo habían paseado por el Tigre en lancha automóvil: "Figúrese, ese horrible *taf - taf...*" comentaba.

Al anochecer se encerraba en su dormitorio y tocaba el violín. Como buen alemán, adoraba la música, pero en su instrumento no ejecutaba, generalmente, obras ajenas: improvisaba. Solía tocar cosas sin ilación, no exentas de armonía ¿Sabía mucha música? No llegué a averiguarlo.



El retrato tomado en Montevideo, con la dedicatoria a que se hace referencia en el texto.

Su modestia

Durante la visita a la Facultad, el Ing. Fonseca, Ayudante de Física, le enseñaba los aparatos, algo anticuados, del laboratorio, tan emocionado que le costaba hablar. Dándose vuelta, Einstein me preguntó en voz baja: "¿Por qué está tan nervioso?" "Por la emoción, Maestro", le contesté. Pareció extrañado.

Esto se repitió con otros intelectuales que le fueron presentados. Producía la impresión de no comprender la emoción que provocaba. Dado que el sabio conocía perfectamente su verdadero valor, ¿cómo deben interpretarse estas muestras de exagerada modestia?

La sencillez y los niños

Una tarde lo llevé a visitar una escuela pública en el Prado. Al recorrer la Avenida Agraciada, comentaba lo recargado de las fachadas, con su arquitectura de principios de siglo. Al ver la quinta de Iglesias, con su frente colonial liso, dijo: "Esto es mejor; la sencillez debía reinar en todos los órdenes de la vida".

En la escuela, las maestras lo rodearon. Visitó todas las clases en funcionamiento, sonriendo ante el espectáculo gracioso de la niñez. En una de las clases de pequeños, le llamó la atención un dibujo coloreado de uno de los alumnos. Se detuvo, se lo pidió y, después de hacerle poner firma y fecha y acariciarle la cabeza, dobló la hoja y la guardó en su cartera. Ese niño, que hoy será un hombre, no sabrá, tal vez, el honor que le dispensó el sabio.

Distracción.

Su distracción era, un poco aumentada, la de casi todos los sabios. Ya referí la anécdota de su vestimenta en Buenos Aires. Aquí, le pedimos se dejara retratar, a lo que accedió con pocas ganas. No pudimos, en cambio, conseguir se hiciera cortar el pelo antes, el cual, de tan largo, formaba rizos en la nuca. No se trataba de snobismo, ni siquiera de costumbre, sino de no perder un rato en algo innecesario. En el estudio, después de sentado, con papel delante y pluma en mano, se puso a escribir fórmulas matemáticas. Tuvimos trabajo en hacerlo volver a la realidad, una vez las fotos tomadas.

Le costaba reconocer a la gente. Era necesario, por ejemplo, recordarle quienes eran profesores que ya lo habían saludado varias veces.

Desinterés por el dinero

Aceptaba lo que las universidades le ofrecían, sin discutirlo. En Buenos Aires le entregaron $ 4.000 m/n., y aquí 1.000 pesos. Me contó que poco antes había hecho una *tournée* dando conferencias, que llegó hasta el Japón, con un empresario, el cual, luego le presentó las cuentas de tal modo arregladas, que sólo cobró diez mil dólares. Se reía de esto, diciendo que, por ello, en este viaje había prescindido de empresario.

Sin embargo, en la empresa de navegación se enojó. Había tomado pasaje de ida y vuelta en Europa; como luego lo invitaron a vistar Río de Janeiro, tuvo que emplear hasta allí, un vapor de otra compañía. Entonces, exigió a la primera que le devolviera el importe del pasaje hasta Río, donde debía embarcarse. Hubo que hacer gestiones para obtener la devolución del dinero, sólo un centenar de pesos. ¿Era por interés? Creo que fue un capricho de niño grande.

La dedicatoria

En la dedicatoria que me puso en su retrato, no se menciona al profesor que estudió y explicó su teoría. En ese entonces había millares haciendo lo mismo y mejor todo alrededor del globo. Se refiere a quien "me acompañó amistosamente a Montevideo", pues más importante que el esfuerzo intelectual, había sido para él la comprensión de su psicología y su fatiga, y las medidas tomadas para lograr una estada tranquila y placentera.

Amadeo GEILLE CASTRO.

(Especial para EL DIA).



Einstein con el autor.

INFORMACION GENERAL



Celebróse el cincuentenario de la fecha de la fundación de "El Diario Español", que dirige nuestro colega señor Manuel Magariños (hijo), dando lugar el acto a una muy lucida ceremonia que puso de manifiesto la alta estima que se tiene por la prestigiosa publicación, y el afecto personal a su caballeresco director.



Obras del maestro Luis Cluzeau Mortet, en primer plano, en la exposición de la Universidad de Lousille-Kentucky.



Vista parcial de la sala dedicada al Uruguay en la exposicion de obras musicales latino-americanas realizada en la Escuela de Música de la Universidad de Lousille-Kentucky, EE. UU. Foto y obras de Vicente Ascone y del Prof. Lauro Ayestarán.



Homenaje realizado a nuestra compañera de trabajo, señorita María Carmen Diverio, con motivo de su próximo enlace.



El poeta uruguavo Miguel Oxiacan, pseudónimo de Miguel de Muno, que hace tiempo está radicado en México, está siendo objeto de muy expresivos homenajes rendidos por calificados intelectuales mexicanos, en la ciudad de Puebla, acto inicial de una serie organizada por intelectuales de toda América, en reconocimiento a la obra literaria de nuestro compatriota.

INFOR-MACION LOCAL







"El Día del Soldado" fue conmemorado el 17 de este mes, en homenaje al soldado anónimo, organizada la ceremonia por el "Centro de Pasividades Militares", con diversos actos al pie del monumento a Artigas y en el cementerio del Buceo.

El aniversario del fallecimiento de Eduardo Fabini fue conmemorado por diversas instituciones oficiales y privadas, destacándose entre los actos realizados la inauguración de un busto de nuestro gran músico, obra de la escultora Margarita Fabini Russel, erigido en la Plaza Nuevo Malvín.



Fue firmado el Convenio Cultural entre la República del Ecuador y el Uruguay, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, instrumento jurídico internacional que vincula las relaciones intelectuales con la República hermana.



Homenaje a la memoria de los catorce marineros caídos en el torpedeamiento del vapor de bandera uruguaya "Montevideo" erigiéndose un cenotafio en la Rambla Roosevelt, asistiendo a la ceremonia familiares y autoridades navales.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS®



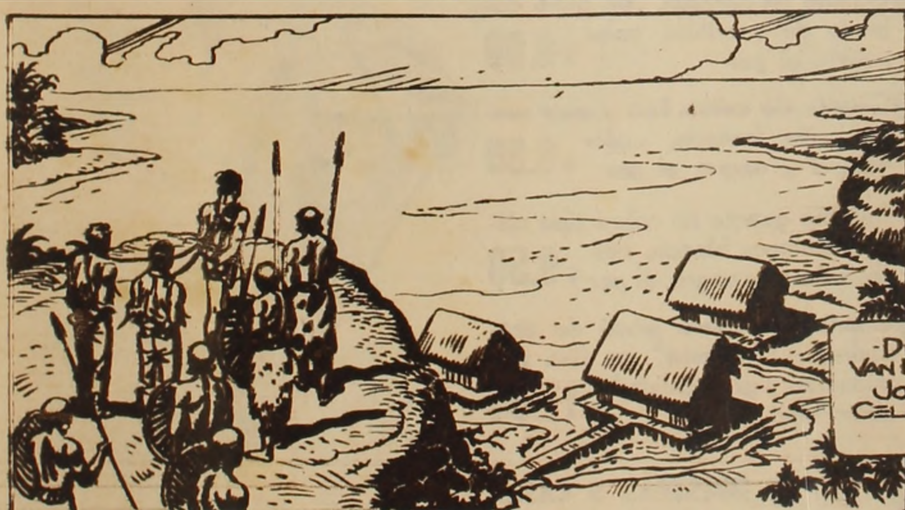















GUANTES
para Damas
EXTRAORDINARIA
SELECCION DE
GRANDES NOVEDADES
Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.
1 Guante en imitación gamuza, puño doblado, muy práctico, en colores beige, tostado, marrón, gris y negro, el par $ 3.50
2 Fino guante en imitación gamuza puño fantasía plizado, en colores blanco, beige, gris, tostado y negro, el par $ 4.20
3 Guante en imitación gamuza con novedoso bordado, largo 35 cmts. en color negro, el par $ 6.80
4 Distinguido guante de gamuza "francesa" en los colores que la moda indica, el par $ 8.90
5 Guantes húngaros de gran calidad, en gamuza y cabritilla en color negro, el par $ 9.50
6 Elegante guante en gamuza francesa, con finísimo frunce y puño doblado, largo 30 cmts. en color negro, el par $ 12.00
7 Guante en gamuza, con puño doblado de cabritilla, color negro, el par $ 9.80
8 Guante de cabra fina y muy suave puño fantasía, color natural y negro, el par $ 8.60
9 Finísimo guante en cabra tipo clásico. colores blanco, beige, habano y negro, el par $ 9.50
10 Guante de cuero jabalí de procedencia "húngara" en fina terminación y gran calidad, color miel, el par $ 12.00
Intervenga nuevamente en la popular audición
PASE POR LA CAJA
que se irradia Lunes, Miércoles y Viernes a las 12 y 30 hs.
por
CX16 RADIO CARVE
AV. AGRACIADA 2302
Esq. Marcelino Sosa
AV. GRAL. FLORES 2341
Esq. Marcelino Berthelot
AV. 18 DE JULIO 1601
Esq. Carlos Roxlo
VEA EN NUESTRAS 3 CASAS OTRAS MUCHAS CALIDADES Y MODELOS QUE COMPLETAN NUESTRO GRANDIOSO SURTIDO
CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Av. Agraciada 2302 y M. Sosa